

Los profetas Amós, Oseas, Jeremías, Ezequiel, Daniel y Nehemías merecen especialmente participar de la misma gloria. Como Isaías, combatieron por la forma religiosa y política y contra el moloquismo sangriento y retrógrado de que Samuel, David, Elías y Eliseo, a quienes una falsa leyenda ha ceñido inmerecida gloria, fueron los más nefastos representantes.

Rasgo singularmente raro, quizá único entre los reveladores religiosos: los profetas llegaron a tener el claro sentimiento de que su misión era profesional. Como profetas, anunciaron un tiempo en que serían inútiles:

«He aquí—dice Jehová—la alianza que pactaré con la casa de Israel después de esos días:

»Pondré mi ley fuera de ellos

»Y la escribiré en su corazón...

»Éste no enseñará ya a su prójimo

»Ni aquél a su hermano, diciendo:

»Conoced a Jehová,

»Porque todos me conocerán,

»Desde el más pequeño al más grande.»

¡Un tiempo en que las leyes serán superfluas; en que cada conciencia individual comulgará directamente con aquel que es símbolo del bien común! M. Lods dice a este propósito: «¿Quién osará decir que esta autonomía verdadera haya pasado ya y que no hay que decir a la conciencia moderna?»

Los profetas innovadores fueron ciertamente altos iniciados; sintiéndose victoriosos, ¡qué impulso hubieran dado a la humanidad! Con ellos, ¡qué lejos estamos de la estrechez utilitaria y del talión mosaico! Desgraciadamente, no Isaías, sino Moisés, fué el consagrado, por la casualidad de la historia, predecesor del cristianismo, y de ello se resintió mucho la moral cristiana.

Ésta es la que vamos a examinar ahora.

PAÚL GILLE

La doctrina racional del siglo XX

I

Unidad de la materia, de la fuerza y del espíritu

La gran enciclopedia geográfica e histórica que hizo Eliseo Reclus es y será una obra única en su género. Con la fuerza paciente y reflexiva que caracterizaba a esta poderosa personalidad, tan heroico iconoclasta como prodigioso constructor, Eliseo edificó un monumento magnífico y grandioso a la gloria del espíritu humano, un templo intelectual hacia donde todas las razas humanas, en fin reconciliadas, vendrán un día a comulgar en unánime movimiento de amor fraternal.

Pero el estudio de los pueblos y de los lugares por ellos habitados, en el tiempo y en el espacio, no es más que una parte, la más inmediatamente accesible, de esta vasta enciclopedia de los conocimientos humanos cuya construcción será obra de las generaciones

que vienen, en el curso del presente siglo. Tal obra, que se presenta cada vez más como una necesidad real de nuestra época, reunirá un cierto número de espíritus generalizadores, sin prejuicios ni resoluciones tomadas de antemano, quienes llegarán a ponerse de acuerdo sobre los hechos-principios de la dinámica universal. Para estar en aptitud de hacer una elección juiciosa de materiales científicos, de agruparlos en su rara lógica, de sacar de ellos la médula y de unirlos en un todo sintético, deberán esos trabajadores tener ya ideas justas sobre la naturaleza íntima de la substancia, un conocimiento preciso de las propiedades físicas, dinámicas y psíquicas de sus partes elementales, una comprensión muy clara del proceso de las ac-